CAPÍTULO XI.

VULCANO.

El fuego, gran maravilla de la creacion. — HEFESTOS, VULCANO. — Carácter primitivo del dios. — Tradiciones acerca de su nacimiento. — Su deformidad. — Su caida del Olimpo. — Regresa á él. — Hefestos, dios del rayo. — Las armas de Aquiles. — Otras obras de Vulcano. — La isla de Lemnos. — Purificacion del fuego terrestre. — Las armas de Eneas. — El Etna. — Los Cíclopes como compañeros de Vulcano. — Hefestos, dios del fuego. — Hefestos, creador de la primera mujer. — Culto de Vulcano en Italia. — El Volcanal de Roma. — Vulcano, protector contra incendios. — STATA MATER. — *Lampadóforas.* — *Volcanalia.* — *Tubilustrium.* — Representacion artística de Vulcano.

Es el fuego una de las grandes maravillas de la creacion; elemento que así vivifica y anima como devasta y destruye, únicamente al hombre es dado producirlo; si á los brutos, que de él se aprovechan, fuese dado hacerlo brotar de la materia, el mundo ya no existiría. Por esto en su providencia infinitamente sabia sólo á la razon concedió Dios la fácil potestad de encenderlo.

Por él se causan infinitos fenómenos; así cuando surca con esplendentes fulgores la celeste bóveda como al rugir en las entrañas de la tierra y salir en impetuoso torbellino por los cráteres volcánicos, lo mismo que al ser producido por la humana industria, hubo, sin duda ninguna, de despertar en el hombre impresiones de terror, de gratitud y sorpresa, que la extraviada imaginacion de los primeros idólatras convertiría fácilmente en materia de adoracion religiosa. En la MITOLOGÍA de los pueblos griegos y latinos, en la que tanta parte ocupa el naturalismo, hiciéronse tales ideas muy importante lugar, y su huella ha quedado en varios mitos agrupados, en Grecia, alrededor de Hefestos, y alrededor de Vulcano, en Italia, divinidades que, como tantas otras, empezaron por confundirse acabando por prevalecer de nombre la segunda.

Pocos dioses helénicos, dicen los modernos mitólogos, tienen significacion tan clara como Hefestos. La filología comparada enseña ser ese nombre la forma griega de uno de los epítetos más comunmente dados á Agni, dios védico del fuego; la raíz de Hefestos es ademas la misma que la de Hebe (*Yurah* «juvenis»), y Cox, á quien pertenecen estas observaciones, añade que el dios del fuego fué el más jóven entre los inmortales, no por haber sido el último nacido, sino porque jamas pierde su fuerza.

Pero áun careciendo de estos datos y encerrando la observacion en los límites de Grecia, es fácil averiguar con exactitud el carácter primitivo del dios, cosa que, como hemos podido conocer, no dejaría de ofrecer insuperable dificultad en otras divinidades ménos caracterizadas ó de múltiples atributos. En los poemas homéricos léense expresiones tan significativas como el *fuego de Hefestos*, las *llamas de Hefestos;* su habilidad portentosa reconoce siempre por instrumento el fuego, y no puede caber duda de que como personificacion del mismo fué Hefestos venerado y adorado.

Su nacimiento era objeto de dos tradiciones distintas: en la *Iliada* es sencillamente hijo de Zeus y Hera; en

la *Teogonía* hesiódica Hera lo engendró sola, sin auxilio del esposo, en un momento de enojo: asímismo había nacido Tifon, el monstruo del huracan, y esos hijos del furor de la reina de los dioses, que huía del tálamo conyugal, dicen los mitólogos, correspondían á terribles azotes á los que se daba distinto orígen que á los benéficos fenómenos de la naturaleza. Eran éstos fruto de dichosa y sosegada union; por el contrario nacían aquellos sin amor y únicamente debían la existencia á la discordia de los celestes consortes. Así, pues, segun la tradicion aceptada por el poeta de la *Teogonía*, Hefestos parece ser más bien imágen de las llamas destructoras que del fuego benéfico, y tambien del rayo que nace siempre del seno de la tempestad.

Es carácter distintivo de Hefestos, un defecto físico; tiene los piés contrahechos, es cojo, y la inseguridad de su andar excita en el Olimpo la eterna risa de los inmortales. Algunos mitógrafos consideran aquel achaque como resultado de su caida; pero no debió de ser así, ya que en Homero es el dios cojo y deforme desde su nacimiento, tanto que por ello incurrió en el odio de su madre Hera, quien, para quitarlo de la vista de los dioses, despeñólo desde la celeste morada. La deformidad de aquel niño tendría, pues, su razon de ser en la misma naturaleza del dios, opinando varios autores que aquella idea fué inspirada á los Griegos por el espectáculo del fuego. Si Hefestos es flaco y enteco al nacer débese, segun M. Cox, á que el fuego, ántes de romper en ondulante llama, es en su principio débil chispa; si es cojo, si tiene los piés torcidos, es porque jamas la llama presenta líneas rectas,

Fig. 458.—Tetis y Eurinomea amparan á Vulcano. —(De Flaxman).

sino que de continuo oscila, y ademas porque el rayo cae serpenteando del cielo.

Dos versiones distintas del famoso mito de la *caida de Hefestos* nos ofrece la *Iliada*. Segun la primera incurrió el dios en la cólera de Zeus al salir en defensa de Hera, á quien el señor del Olimpo había suspendido con diamantina cadena entre el cielo y la tierra. «Júpiter, dice el poeta, cogió á Hefestos por el pié, y desde la divina mansion lo lanzó al espacio, por donde cayó precipitado por espacio de todo un dia; al ponerse el sol dió con su cuerpo en Lemnos no conservando más que un soplo de vida. Los Sintios, míseros mortales, le recogieron y ampararon.» Refiere la otra que Hera, avergonzada de la fealdad de su hijo, precipitólo desde lo alto del Olimpo; al caer tuvo la suerte de que Tetis y Eurinomea le recibiesen en su seno y le cuidasen, y allí en la profundidad del mar, amparado por aquellas benéficas divinidades, pasó nueve años de laboriosa existencia, ocupado en forjar obras de raro primor. «Uno y otro relato, dice Decharme, á pesar de ser en sus pormenores distintos, coinciden en el fondo y en el sentido, y no es suficiente á explicarlos el solo fenómeno de la caida del rayo. Para comprenderlos conviene tener presente la naturaleza volcánica de Lemnos y de otras islas del archipiélago helénico, recordar los volcanes submarinos cuya misteriosa ebullicion y cuyas espantosas erupciones debieron de ser para los primitivos pobladores objeto de religioso terror. A aquellos hornos encendidos en el fondo del mar atribuirían quizas igual orígen que al fuego del cielo, y del dios oculto en el seno de Tetis pensarían haber sido allí precipitado desde el olímpico palacio. Las peñascosas moles, los nuevos islotes que la fuerza volcánica, entónces, como ahora, levantaba hasta la superficie de las olas, sorprendentes testimonios eran del trabajo de Hefestos, creaciones del dios del fuego, admirables y magníficas obras que forjara en su retiro junto á las marítimas divinidades.»

Pero sucedía que á veces los volcanes del archipiélago cesaban de arrojar torrentes de llamas y lava y permanecían mudos por espacio de largos años; las fraguas de Hefestos parecían haberse apagado y quedar suspendido su trabajo. Suponíase entónces que el dios había dejado su líquida morada para volver al alcázar de los inmortales de donde fuera temporalmente lanzado, y así es que

el mito de la caida de Hefestos estaba en necesaria relacion con el de su regreso al Olimpo. Contábase que en su marítimo taller había el divino obrero fabricado y luego enviado á su madre Hera, de quien deseaba vengarse, magnífico regalo: un trono de oro con invisibles resortes que mantenían sujeto á quien en él llegaba á sentarse. Ocupólo Hera, y quedó encadenada y sin poder abandonarlo; no hubo entre los inmortales quien acertase á libertarla, y en tal apuro decidióse Zeus á llamar al desterrado, único conocedor del secreto que aquel mecanismo ponía en movimiento. Hefestos, empero, se resiste á cuantas instancias le son dirigidas; á ruegos y súplicas opone obstinada negativa; atacóle Ares, y aunque le venció no pudo hacerle volver al Olimpo, siendo preciso para ello que Dionysos le embriagara, y medio desvanecido y montado en un asno, lo condujese á la divina asamblea. Este suceso, que viene representado en la pintura de varios vasos griegos, era asunto de uno de los frescos que adornaban en Atenas el templo de Baco, inmediato á su teatro.

«Difícil es interpretar este mito en todos sus pormenores. Si las prisiones que sujetaron á Hera pueden significar la inmovilidad de la atmósfera condenada al reposo, la libertad que le dió Hefestos parece corresponder al ímpetu de los vientos que son desencadenados por el rayo ó el fuego celeste. Pero más que esto se explica el papel que desempeña Dionysos en el mítico relato: en Grecia, lo propio que en Italia, los terrenos volcánicos son altamente favorables al cultivo de la vid; en las islas de Lemnos, de Naxos y de Santorino cogíase y se coge aún hoy excelente vino, cuya fuerza parece derivarse del fuego que arde debajo de la tierra que lo produce, y esto hacía que el dios de la vid y el dios de los volcanes, ámbos de orígen tracio, se hallasen unidos con amistosos lazos.» (Preller).

Otras tradiciones representan á Hefestos como un dios del rayo; él fué quien hendió la cabeza á Zeus para que naciera Atena, con la cual las fábulas áticas le atribuían amores. Decían que el dios del fuego celeste, enamorado de la brillante diosa, quiso enlazarse con ella; y al paso que unas, para dejar á salvo el carácter virginal de Atena, suponen que Erictonio, si nació de la amorosa cuita, fué sin el concurso de Atena, dicen otras que en efecto se unieron y que su union engendró á Helios. De varios textos se desprende que éste, en efecto, se hallaba en estrecha relacion con Hefestos, ya que no sólo le ayudó en la pelea contra los Gigantes sino que ademas le descubrió los secretos amores de Ares y Afrodita, conforme llevamos referido.

El carácter de Hefestos, dios del fuego solar al igual que del rayo, viene indicado en las esposas que se le atribuyen. Segun la *Iliada* tuvo por mujer á Charis; la *Teogonía* dice que lo fué la mayor de las Gracias, Aglae ó la brillante, y bajo igual aspecto consideraría á Afrodita el poeta de la *Odisea* cuando se la da por compañera. Esta última tradicion se encontró contradecir á otra que tenía á Afrodita por consorte de Ares, y sin duda que esto indujo al poeta á imaginar como adúltero trato la union de estas dos divinidades.

Las leyendas que representan á Hefestos como una divinidad del fuego celeste con exclusion de otras ideas, fueron al parecer las más antiguas, y en apoyo de esto obsérvese que para Homero el taller del dios no existe aún en las entrañas de la tierra, en Lemnos ó en otro punto, sino en la propia region olímpica. Allí va Tetis á encontrarle cuando su hijo Aquiles se halló sin su armadura por haberla prestado á su amigo Patroclo para entrar en la refriega donde quedó sin vida.

«—Volved, dijo Tetis á las Nereidas, volved al seno del mar profundo, y encaminando vuestros pasos al palacio del anciano Nereo, nuestro padre, referidle el gran infortunio que padecemos. En cuanto á mí diríjome al alto Olimpo en busca del industrioso Hefestos á fin de pedirle para mi hijo armas que por su hermosura deslumbren.— Las Ninfas se sumergen en el mar, y Tetis se elevó á los cielos; impaciente por alcanzar su deseo, llegó en rápido vuelo al Olimpo y entró en el palacio de Vulcano, el cual eterno, fabricado de bronce, tachonado de estrellas, se distinguía por su singular esplendor áun rodeado de los que pertenecían á la celeste cohorte. El dios de vacilante paso que lo había erigido, hallábase en aquel instante en medio de sus fraguas, por entre las que andaba atareado, cubierto de sudor, consagrado por completo al trabajo. Estaba fabricando veintes trípodes para adorno del palacio de Zeus, y les ponía ruedas de oro con las que ¡admirable portento! ellos mismos, sin impulso extraño, habían de adelantarse para servir á la asamblea de los dioses, y retirarse luego que estuviese terminada. Concluidos quedaban ya, y únicamente les faltaban unas asas de maravillosa labor que estaba el dios preparando con muy fija atencion, cuando entró Tetis y avanzó hacia él. Vióla la esposa de Hefestos, la bella Charis de rizada cabellera, y saliendo á su encuentro la abrazó, y le dijo: —¡Oh diosa venerable y querida! ¿qué te trae á nuestro palacio donde tan raras veces te vemos? Dígnate pasar adelante y toma parte en el festin con que celebrarémos tu visita.—Y al decir esto guióla á su estancia é hízola sentar en rutilante trono, con fino arte trabajado, descansando sus piés en magnífico estrado. Corrió en seguida á participar á su esposo la llegada de Tetis.

»Ha entrado en nuestra morada, dijo el dios, la divinidad más digna de mi afecto y veneracion; ella me salvó cuando lanzado de la bóveda celeste presa hizo en mí el infortunio por voluntad de una mala madre que, avergonzada de mi deformidad, quiso sustraerme de la vista de todos. Segura era mi perdicion si Tetis y Eurinomea, hija del Oceano, no me hubieran franqueado un asilo en el seno de las olas. Nueve años pasé allí ejerciendo mi industria, formando broches, gargantillas y brazaletes en profunda caverna constantemente batida

por las olas espumantes; dioses y mortales ignoraban el lugar que me servía de asilo, y únicamente lo sabían las dos divinidades á las cuales debía mi salvacion. Y pues Tetis llega hoy á mi palacio, justo es que en cuanto me sea dable le atestigüe el agradecimiento que por ella abrigo; corre á recibirla con los más espléndidos honores, miéntras yo dejo en suspenso todos mis trabajos.

»Dicho esto, el dios de colosal estatura y de encendido semblante deja el yunque, y con toda la prisa que le permite su inseguro andar, aparta los fuelles del fuego y encierra en plateada caja los instrumentos de su oficio. Con una esponja lava el humo que ennegrece su frente, sus manos, su vigoroso cuello y su velludo pecho; vístese la túnica, empuña el pesado cetro, y sale con desiguales pasos, apoyado en hermosas esclavas, animadas estatuas de oro que gozan de inteligencia, voz y movimiento. Al hallarse junto al soberbio trono en que se sentaba Tetis, dijo Hefestos tomándole la mano: —Diosa á quien venero y estimo, dime lo que te trae á este alcázar, á donde diriges rara vez los pasos. Habla, descúbreme los sentimientos de tu corazon, y no dudes de que si en mi mano está, si á mis esfuerzos corresponde el buen éxito, he de cumplir cuanto desees.

»Abandonóse Tetis al llanto, y entre sollozos contestó: —No hay en el Olimpo ¡oh Hefestos! diosa que haya padecido desgracias tan repetidas y horribles como las que Zeus me impone. No ha sido bastante que sola entre las divinidades todas del mar haya debido enlazarme con un mortal siendo por fuerza conducida al tálamo del hijo de Eaco, que agobiado ahora por los años ha de permanecer en su palacio pisando los umbrales del sepulcro, sino que mi infortunio aumentó al dar á luz un hijo. Creció éste á mi vista; hízose dechado y modelo de héroes, y luégo que mis propias manos le criaron como se cria precioso renuevo en el punto más fértil y regalado del huerto, enviéle al otro lado del mar á pelear con los Troyanos; alejóse para siempre de la morada de Peleo, y entónces los cortos dias que le están concedidos para alentar y gozar de la claridad del dia, fueron emponzoñados por el dolor, sin que pudiese yo, su madre, dulcificar su pena. Privado por Agamenon, supremo caudillo de los Griegos, de la cautiva que en recompensa de su valor recibiera, manteníase apartado de los combates, devorándole la tristeza el alma, cuando arrollados los Griegos hasta sus naves por los Troyanos victoriosos, halláronse reducidos al último extremo. Los caudillos acuden entónces á mi hijo al que quieren ablandar con magníficos presentes, y en parte lo consiguen, ya que si se negó á pelear por ellos, dió á Patroclo sus armas y su aguerrida hueste y le envió al campo de batalla. Tanto como duró la luz del dia se prolongó la lucha en las mismas puertas de Troya, y aquella noche habrían los Griegos hecha suya la ciudad á no haber sido voluntad de Apolo dar á Hector la victoria, haciéndole derribar al frente de los combatientes al hijo de Menecio, quien había cubierto de cadáveres el llano. Vengo, pues, á abrazar tus rodillas y á suplicarte que forjes para mi hijo, poco distante ya del término de su carrera, un escudo, un yelmo, unos borceguíes con sus hebillas y una coraza, pues perdida su armadura junto con su fiel compañero, le he dejado tendido en el polvo entregándose á desesperacion profunda.

»—Tranquilízate, contestóle Hefestos, y pon tregua á la pena que te aflije. Ojalá me fuera tan fácil desviar de tu hijo los siniestros dardos de la Parca llegada que sea su hora fatal, como está en mi mano hacerle poseedor de una armadura que sea la admiracion de cuantos lleguen á verla.

»Separóse de ella al decir esto, y retirado en su fragua mandó á sus fuelles encender los fuegos; en un instante su soplo, que á voluntad del dios es tan pronto sosegado y blando como impetuoso y terrible, comunicó la llama á veinte hornillos. En ellos colocó Hefestos pesadas barras de cobre, de plata y de finísimo oro, y poniendo en pié enorme yunque cogió con una mano las fuertes tenazas y con la otra el pesado martillo.

»Fué su primera obra un escudo sólido é inmenso; formaban su orilla tres círculos de deslumbrante oro, y en ellos puso la argentada correa. Fórmanlo cinco plantas superpuestas, y en decorar la superficie empleó el dios todo su arte.

»Grabó en ella la Tierra, el Cielo y el rio Oceano, el sol infatigable en su carrera, el círculo de la luna, los astros que tachonan la celeste bóveda, las Pléyades, las Híades, Orion brillante, y la Ursa que, girando alrededor del polo, mira á Orion y es la única que no se baña en las ondas del Oceano.

Representó ademas dos soberbias ciudades: en la una dáse el espectáculo de un himeneo acompañado de solemnes fiestas. A la deslumbrante luz de las antorchas avanza el nupcial cortejo; resuenan los cantos de himeneo; donceles y doncellas forman rápidas y vistosas danzas á los sones de liras y flautas. De pié en la puerta de su vivienda contemplan las mujeres el agradable espectáculo.

»En la misma ciudad ocupa el pueblo la plaza pública donde se ventila importante litigio: dos hombres pleitean con gran calor sobre la compensacion de una muerte; jura el uno haber pagado íntegra la suma, y protesta el otro de que nada ha recibido. Los dos ministran testigos y la turbulenta asamblea se divide en dos bandos encontrados; cálmanla los heraldos; varios ancianos, sentados en relucientes piedras, forman como un círculo sagrado; cada uno ántes de hablar recibe el cetro de manos del heraldo, cuya voz impone silencio, y en seguida, puestos de pié, van pronunciando sucesivamente la sentencia. En medio de la asamblea se ven dos talentos de oro, premio del fallo más equitativo.

»Delante de la otra ciudad acampan dos ejércitos cuyas armas centellean; divididos entre sí, quiere el uno

por los ... lugar que ... abrigo; ... mientras ...

«Iris ... dido sem... le permite ... y encierra ... Con una esponja ... sus manos, su vi... la túnica, empuñ... pasos, apoyado ... de oro que ... hallarse junto al ... dijo Helios ... y estimo, ... dirigen ... timientos de ... mano esta, ... he de cumplir ...

«Abandonó ... testó: —No hay ... haya padecido ... las que Zeus me ... entre las divinidades ... zarme con su ... talamo del ... ha de permanecer ... sepulcro, sino que ... hijo. Creció éste á su vista ... de héroes, y la ... como se oria ... regalado del ... con los Troyanos ... para alentar y ... ponzoñados por el ... dulcificar su pena. ... de su ... habían ... los Griegos ... hallábanse ... acudar ... magníficos ... se negó á pelear ... y su aguerrida ... Tanto como duró la ... las mismas puertas de Troya, y aquel ... Griegos hecha suya la ciudad á no ... de Apolo dar á Hector la victoria, ... frente de los combatientes al hijo de ...

... cubierto de cadáveres el llano ... tus rodillas y á ... poco distante ya del ... yelmo, unos ... fuerza, pues perdido ... la he dejado ... desesperacion profunda.

«—Tranquilízate, ... á la pena que te ... de tu hijo los ... su hora fatal, como ... de una armadura que ... á vuelo.

«Separóse de ella ... rugas mandó á sus ... instante su soplo, ... cargado y blando como ... la llama á cuatro horadas. ... pesadas barras de cobre, de ... poniendo en pie enormes ... fuertes fenazas y con la ... el pesado ...

«Fue su primera obra un escudo ... formaban su orilla tres círculos de ... en ellos puso la argentada correa ... ofuscante superpuestas, y en decorar ... el dios todo su arte.

«Grabó en ella la Tierra, el Cielo ... el sol ... en su carrera, el ... las estrellas que ... la celeste bóveda ... las Hiadas, Orion ... y la Osa que ... del polo, ... á Orion y es la ... luna en las ondas del Oceano.

Regresaron ... dos soberbios ... una ... el ... de un ... solemnes fiestas. A la deslumbrante luz ... chas avanza el ... resuenan ... himeneo; doncelas y ... danzas á los sones de ... flautas. ... de su vivienda contemplan ... el ... pacífico.

... turbulento ... almaula ... relucientes piedras ... una ... antes de ... ido, ... voz ... ne, ... pronunc... medio de la asamblea ... del fallo más equitativo ... otra ciudad ... divididos ...

Espasa y Comp.ª editores.

IRIS.

Cópia de un cuadro de Guido Reny, y Head

(Galeria S. Luca, Roma)